

FIESTAS FUNDACIONALES 2005

Pregón

Impartido por Doña Yolanda Arencibia. Catedrática de Literatura de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

(Este pregón va acompañado de imágenes y de sonido, que faltan ahora. Las imágenes pertenecen a la película *La hija del mestre* (Carlos Luis Monzón, 1928) y a las personas: Silvestre de Balboa, José de Viera y Clavijo, María Joaquina Viera y Clavijo, Joaquín Blanco, Pedro Perdomo Acedo, Rafael Ramírez Doreste, Luis del Encina, Cairasco de Figueroa, Agustina González y Romero "la perejila", Santiago Cazorla, Lola de la Torre, Víctor Doreste, Néstor Álamo, Ignacia de Lara, José Hernández Sánchez, Domingo Doreste "fray Lesco", José M. Millares, Pino Betancor, Pancho Guerra, Alonso Quesada, Antonio López Botas y Agustín Millares Torres. Se escucharán fragmentos musicales de "Mariquilla la perrera" de Néstor Álamo, "Capricho de concierto" de José Hernández Sánchez y "Campanas de Vegueta" de José M. Millares Sall)

Excelentísima Señora Alcaldesa, dignísimas autoridades, señoras y señores:

He de empezar agradeciendo a nuestra alcaldesa excelentísima, doña Josefa Luzardo, la invitación que me ha hecho para ejercer de pregonera en esta edición 2005 de las Fiestas Fundacionales, las fiestas grandes de nuestra ciudad de Las Palmas de Gran Canaria que recuerdan el aniversario de su entrada en la historia, aquella que resultó del establecimiento del campamento primitivo del Real de Las Palmas por Juan Rejón, un 24 de junio de 1478, festividad de San Juan Bautista.

Aceptado el honor que se me hace, tomo con profundo respeto un testigo prestigiado por tantos antecesores ilustres, sustancialmente comprometida por razones de amor a nuestra ciudad, a nuestra tierra, a nuestras tradiciones y a nuestra cultura. Intentaré desempeñar mi cometido con la mayor dignidad que me sea posible, que siempre será menor de la que merece quien me ha invitado y la Institución que representa.

Mucho ha cambiado nuestra ciudad desde aquel asentamiento militar de hace ahora 527 años: a la postre, una fundación orgullosa aquella, nacida de la curiosidad y de la aventura; como dejó escrito el poeta Tomás Morales:

"Fundacion primitiva del genio aventurero,
brilló en pasados tiempos con propios esplendores,
Y tuvo un lema, entonces orgulloso y guerrero:
"La Ciudad del Real" de los descubridores".

No podían sospechar aquellos primeros protagonistas históricos, Juan Rejón el primero, que estaban fundando la primera ciudad castellana de las Canarias; y también la primera española en el Atlántico: en la ruta hacia el Nuevo Mundo, próximo ya a ser descubierto. Ni tampoco podían haber asegurado en aquel momento que, muy pronto, aquel pequeño núcleo que orillaba el Guiniguada y se centraba en la modesta ermita de San Antón, se extendería hacia norte y sur (hacia Triana, y hacia Vegueta), y que en 1485, con la culminación de la Conquista, se vería ratificado como Villa Capital, sede del Primer Cabildo-Ayuntamiento insular y de la Mitra del Obispado de Canarias.

1478. Mucho han cambiado las cosas desde entonces. Mucho también nuestra ciudad. Y no ten remotamente sino desde un ayer cercano: el de las imágenes que estamos viendo, que corresponden a la ciudad de 1928. Pertenecen a *La hija del mestre*, la primera película de tema canario que se realizó en las islas, y la primera de ficción hecha en Gran Canaria. La dirigió Carlos Luis Monzón, con Gran Canaria Films, siguiendo un guión basado en la zarzuela del mismo nombre que había escrito en 1902 don Santiago Tejera Ossavarry, dramaturgo y compositor formado en nuestro Seminario Conciliar, director de bandas de música y organista de la Catedral.

1478- 1928- 2005 Transcurren los siglos. Pasa la historia. Cada día vamos construyéndola, inconscientemente. Y también inconscientemente van quedando las huellas de nuestros pasos. Muchas de ellas se pierden en el anonimato; otras consiguen dejar marcada su impronta haciendo de ellas sustancia histórica, puntos de referencia para el futuro. Son los conciudadanos ilustres de nuestro pasado, hombres y mujeres de nuestra tierra, a quienes voy a dedicar este pregón, un discurso público, por definición, destinado a cantar las excelencias de algo que conviene que todos sepan.

Pero no quiero olvidar a los otros antepasados nuestros, los anónimos. Por eso he querido traer a mi pregón estas imágenes que recorren la ciudad de 1926, de La Isleta a San Cristóbal; unas imágenes vivas, poblada de gentes diversas; nuestros abuelos, cuyos gestos heredamos inexorablemente. Y gracias a ellos estamos hoy aquí; esparcidos por toda la ciudad: desde el Puerto a Jinámar, desde Schamann o las Rehoyas a la Ciudad Baja, desde los barrios más modernos a aquellos antiguos que fueron escalando los riscos que circundaban Vegueta y Triana por San José, San Juan, San Roque o San Nicolás; y los que comenzaron a poblar el camino al interior de la isla por Tafira, San Lorenzo o Tamaraceite.

Con toda intención, he querido detener la película al enfocar ésta la Catedral y la Plaza de Santa Ana. Porque, necesitando escoger, los protagonistas ejemplares de mi pregón de esta noche van a ser algunas de las personas que vivieron física o intelectualmente este entorno, afianzando con su propia perennidad la de estos cimientos cargados de historia. Los que nos afianzan hoy a todos nosotros, los ciudadanos de cualquier barrio. Porque nadie duda de que

es la de esta Plaza de Santa Ana -a un lado la Catedral, al otro el Ayuntamiento- el centro espiritual y civil de Las Palmas de Gran Canaria; el aglutinante moral que ningún ciudadano, de ningún barrio o zona, puede sentir ajeno: ni ayer ni hoy.

Dije protagonistas. Dije personas. Gente. Con toda intención. Porque la historia que nos afianza no es la de los hechos, grandes y pequeños, sino la de los hombres y mujeres que la han amasado y que le dan vida y calor. "La patria no es la tierra. Los nombres que la tierra nutre son la patria", dejó escrito el poeta hindú Rabindranath Tagore

Empezaré acercándome mentalmente al espacio cercano a la Catedral para evocar a Bartolomé Cairasco de Figueroa, el poeta, músico y dramaturgo que vivió no lejos de donde ahora estamos, en el lugar que acoge hoy la plaza de su nombre. Cairasco de Figueroa escribió varias obras; y varias para el teatro. Nos interesa destacar ahora una de ellas, que se representó un 8 de mayo de 1582 (anteayer, 423 años), tal vez en el interior de la Catedral, tal vez en su exterior inmediato: el espacio que hoy ocupamos. Fue una comedia dedicada a la llegada del Obispo don Fernando de Rueda (lo fue de nuestra diócesis entre 1580 y 1585), entre los muchos actos con que Gran Canaria celebró su venida y que necesitaron casi un año de preparación. En la Comedia, tres figuras alegóricas, Invención, Curiosidad y Sabiduría, se alían para lograr que el caudillo aborigen Doramas pronuncie el discurso de bienvenida al nuevo Obispo; lo que realiza éste con orgullo ("Yo soy aquel Doramas, tan famoso/ (...) que aún vive entre umbrífera montana"), sin abandonar su "lengua ruda" ni su identidad aborigen:

Y a nadie espante que la lengua ruda
de un bárbaro canario a tal se atreva (...)
Que aquel que desató mi lengua muda
y me sacó de la profunda cueva
me dio poder de mejorar lenguaje,
aunque me lo quitó de mudar traje.

Más allá de la significación protocolaria, la Comedia de Cairasco inaugura dos hitos importantes de nuestra canariedad: la consideración de "el monte umbroso" de Doramas como mito capaz de explicar el universo insular, y la visión del caudillo aborigen como símbolo de la isla misma.

Me traslado ahora a la esquina norte de la plaza, saliendo hacia la plazuela que se llamó del Peso de la Harina, porque quiero recordar al fundador de la literatura cubana, Silvestre de Balboa, que fue bautizado en Las Palmas de Gran Canaria el 30 de junio de 1563, y que pasó a América en 1593 fijando su residencia en Puerto Príncipe, actual Camagüey (Cuba), donde trabajó en la escribanía del Cabildo (a falta de imagen, estamos viendo la firma del escritor). Balboa vivió aquí, muy cerca, en la casa del Canónigo, una edificación del XVI en

donde figura la placa que lo recuerda. Su poema *Espejo de paciencia*, finalizado en 1608, es el más antiguo que se conserva en Cuba y la única obra conocida del autor. Con él Silvestre de Balboa regaló un canto épico a Cuba; pero también legó a aquella tierra la formación literaria que bebió en su isla natal, en los círculos literarios del poeta Cairasco.

Descendiendo ahora por la acera de poniente de la Plaza se asienta un hermoso edificio de tres plantas, diseño del arquitecto Diego Nicolás Eduardo, que se instaló en nuestra ciudad sobre 1780 y que fue maestro del imaginero Luján Pérez. En ese edificio vivió uno de las más importantes figuras del siglo XVIII canario: don José de Viera y Clavijo, un ilustrado de muy amplia obra: historiador, poeta, traductor y redactor de memorias cívicas, que llegó a nuestra ciudad en 1784 ligado a la Catedral como Arcediano de Fuerteventura, con una sólida formación adquirida, principalmente, en el marco de la Tertulia del Marqués de Nava, en La laguna, luego en Madrid (en torno a la Academia de la Historia), y por fin en varias ciudades europeas: París, en primer lugar. Su impronta en nuestra ciudad fue fundamental: en instituciones como el Seminario Conciliar (fundado en 1777) y la Sociedad Económica de Amigos del País (nacida en 1776), y en iniciativas como la fundación del Colegio de San Marcial del Rubicón, etc. Por si fuera poco, Viera dejó un monumento a la naturaleza gran Canaria en un *Diccionario de Historia Natural* que redactó a partir de experiencias directas en el campo y en el Gabinete que montó en su propia casa. Aquí arriba. Muchos y muy variados escritos dejó Viera. Muchos y bellos de nuestra isla y de nuestra ciudad dejó en las páginas de su obra magna, la *Historia de Canarias*.

Y no hemos de abandonar la casa en donde vivió don José de Viera porque allí hemos de evocar la presencia de dos escritores más:

La primera es una mujer, doña María Joaquina Viera y Clavijo, hermana de don José, de la que, a falta de imagen física, vemos el párrafo final, con firma, de una de las cartas suyas que conserva nuestro Museo Canario. La personalidad de doña María estuvo estrechamente ligada a la de su hermano, a quien acompañó siempre y a quien prestó el apoyo intelectual que su propia cultura y preparación le permitían. Fue interesante personalidad de la Ilustración canaria, escultora y también poeta: la primera voz femenina en la poesía canaria, según los documentos que nos han llegado. Conservamos de ella una gavilla de interesantes poemas. Entre ellos, un soneto escrito en 1801 y dedicado a don Luis del Encina, el arcediano canario que fue destinado a Arequipa, en Perú, protagonizando un hito en la relación Canarias-América.

Don Luis vivió en esta misma plaza, en el bello edificio que aparece junto a la Casa Regental cuya primera planta, adornada de relieves de leones y castillos, data del siglo XVI. En el soneto aludido, doña María se dirige con arte y diplomacia a su egregio vecino, altamente honrado con el destino americano, pero, al parecer, no entusiasmado con la idea del inminente viaje.

Tu talento tan rico y tan profundo
En Canarias no cabe ioh grande Encinal!
Y por inspiración toda divina
Fue preciso buscarle un nuevo mundo.
El cielo con misterio muy profundo
A una vasta región hoy te destina
Donde por tu bondad y tu doctrina
Admiren a un obispo sin segundo.
La indiana Mitra, sin apetecerla
Ciñe tus sienes por hallarla honrada;
Y la canaria Catedral al verla
Llama a la de Arequipa afortunada.

El antiguo domicilio de Viera, modernamente remodelado, es hoy, como sabemos, sede del Archivo Histórico Provincial Joaquín Blanco, recordando con esa denominación al primero de sus directores, don Joaquín Blanco Montesdeoca, archivero, profesor e investigador destacado de nuestra historia literaria, sobre la que nos dejó páginas decisivas. Joaquín Blanco murió en 1989.

Acabamos de citar un Archivo y poco antes nombrábamos al Seminario Conciliar, es decir, investigación y enseñanza de primer orden, en el espacio de esta Plaza. Otro Archivo, el Diocesano, se ubica en esta misma plaza. No podemos dejar de recordar ahora la presencia en nuestro hoy de tantos investigadores sabios que han desbrozados esos fondos diocesanos tan ricos en datos sustanciales. Evocaremos ahora sólo dos de esos nombres, cercanos ambos en el tiempo, tras los que queremos rendir homenaje a todos los demás: los que han sido y los que son:

Doña Lola de la Torre Champsaur, fallecida en 1998, que ordenó, catalogó y estudió los fondos de la importante Capilla de Música de la Catedral de Las Palmas, aquella que albergó tantos nombres de compositores e intérpretes ilustres del siglo XVI al XIX, cuya huella quedó manifiesta, sin duda, en la inquietud artístico-musical de nuestros antepasados y que, heredándola, fraguó en la fundación de la Sociedad Filarmónica de Gran Canaria en 1845.

Don Santiago Cazorla León, fallecido en 2002, investigador histórico que llevó a cabo su labor en el Archivo Diocesano de la Catedral de Las Palmas y que

dejó importantes publicaciones, entre ellas la excelente *Historia de la Catedral de Canarias*, y el volumen *Obispos de Canarias y Rubicón*, escrito en colaboración con don Julio Sánchez.

Unas imágenes nos llevan a otras (no terminaríamos nunca): porque hablamos de Obispos junto al edificio soberbio del Obispado: muchos nombres tendríamos que recordar aquí, desde el Obispo Frías en el siglo XV hasta don Antonio Pildaín en el XX, por hablar sólo del pasado: y Cámara en el XVII; y Cervera o Tavira, en el XVIII; y Verdugo y Urquinaona en el XIX; entre muchos. Y hablamos también de música,

No podemos dejar de citar ahora a don Agustín Millares Torres. Don Agustín vivió muy cerca de esta plaza entre 1826 y 1896 y destacó, además de como músico, como novelista y periodista, y como historiador de nuestro pasado. Fue profesor de música destacado, artífice importante en aquella fundación de la Filarmónica a que hemos aludido, y alma de la primera orquesta de esta ciudad.

Más escritores vivieron rodeando esta plaza o muy cerca de ella. En su parte alta, a izquierda y a derecha dos de muy distinta significación pero igualmente importantes: Don Rafael Ramírez y Doreste, que vivió entre 1867 y 1927, abogado y político de enérgica personalidad y uno de los nombres importantes del difícil periodismo del XIX grancanario, fundador y director del periódico independiente *La Mañana*. Don Rafael nos ha dejado un delicioso librito de apuntes líricos, con fotos, sobre las gentes, los paisajes y las costumbres de Gran Canaria.

En el otro extremo de la plaza, transcurrió casi toda la vida de don Pedro Perdomo Acedo. Fue periodista y poeta; escritor amplio y profundo, y también ciudadano apasionado e inquieto. A la plaza de Santa Ana, vivida estrechamente, dedicó este sencillo poema

Palomas de juguete
aquí están con mis niños.
También la plaza juega
De baldosa en baldosa
A la paloma ciega.
Una no entró en el corro;
Por hallarse muy alta
Más que por ser de piedra.

La Catedral y la Plaza de Santa Ana, en su conjunto o en alguno de sus detalles, han sido objeto de atención de escritores muy diferentes. No podemos

detenernos en tantas descripciones literarias como existen. Pero extraeremos algunas.

Los perros de la plaza de Santa Ana, por ejemplo, aquellos ocho soberbios canes que, procedentes de centro Europa, se plantaron airosamente en la entrada de la plaza y que alguna replica tienen por ahí, en el atrio de la Iglesia de Saint George de Londres, por ejemplo, como recordaba nuestro cronista don Luis García de Vegueta.

Por cierto, que el hecho de su colocación, en agosto de 1825 (ciento setenta años, ahora mismo) mereció una cuarteta arromanzada de un genio de nuestra poesía popular, doña Agustina González y Romero, por mal nombre, "la perejila", vecina de estos pagos, entre las calles de Colón y Herrería, y mujer de ocurrencias rimadas, de genuina espontaneidad apasionada y ocurrente:

¡Vaya, vaya! ¡Vaya, vaya!

El mundo se va a acabar.

¿Dónde se han visto ocho perros

Cuidando la Catedral?

Doña Agustina, cuyo léxico desvergonzado era su principal aliciente, llegó a ser figura imprescindible en la ciudad por cuyas calles y plazas deambulaba luciendo su pañuelo negro o su clarín de sifón, sus grandes gafas ahumadas, su bastón y sus anchísimas enaguas de beatilla negra o canela.

Como todo vecino, doña Agustina, la Perejila, tenía sus cuestiones con el Ayuntamiento, y dirigió un sentido Memorial de 40 octosílabos a su alcalde, solicitando un farol para su calle. A su alcalde: el ilustrísimo señor don Antonio López Botas:

"Ilustrísimo señor/ don Antonio López Botas/ senador de bancarrota de este gobierno español./ Jefe actual de los Bomberos/ y gran privado del Rey/ además con muchos fueros que le concedió la ley/ Yo de esta calle vecina/ que llaman de la Amargura/ por tanto palo, y oscura / que al transeúnte da grima/ Ilustrísimo Señor,/ expongo aquí humildemente/ seais conmigo clemente/ poniendo en ella un farol/".

Corría el año de 1871. Agradezco a doña Agustina la ocasión que me brinda para recordar a aquel gran patriota grancanario, abogado y político, luchador incansable en pro del progreso ciudadano, impulsor de empresas periodísticas en tiempos difíciles, miembro fundacional del Gabinete Literario, fundador y primer director del Colegio San Agustín, etc, etc, don Antonio López Botas; un ejemplo de generosidad y de servicio ciudadano.

Con más trascendencia que doña Agustina abordó el asunto de los perros de la plaza, don Víctor Doreste, músico y escritor polifacético: compositor, guitarrista, novelista, poeta, pintor, periodista, etc., que vivió entre 1902 y

1966. Víctor Doreste dejó immortalizados al conjunto de los perros en su novelita *Faycán (memorias de un perro vagabundo)*, en donde, con gran habilidad narrativa, enlaza las figuras de bronce de los perros reales con el símbolo de la perpetuidad de los primitivos perros canarios, vencidos pero no destruidos, en virtud de "un poder sobrenatural" que "convirtió en bronce lo que fuera carne palpitante". Con el tiempo, "un hombre bueno y justiciero [los colocaría] en una plaza pública, cercana al barranco, frente a la gran casa de piedra con torres y campanas". Ahí están. El perro Faycán que crea Doreste, hijo de perra canaria y de padre extranjero y desconocido, merodea los lugares de la ciudad antigua de Las Palmas, la de los viejos puentes y el antiguo río hasta esta plaza; sueña con el placer de vivir en una nueva isla, "sin collar, sin piedras, sin amo", y acaba sus días junto a sus antepasados que "duermen su sueño verde" para correr la misma suerte que ellos; es decir salvarse de las pedradas de los hombres bajo la capa de bronce.

Dos apuntes literarios más, muy breves, con los perros de nuestra plaza como pretexto: irónico-poético uno, y musical el otro. A doña Ignacia de Lara corresponde el primero: Ignacia de Lara, la poeta de la voz íntima y el palpito místico que vivió entre 1880 y 1940 y que tantos versos líricos nos ha legado, dejó caer en el marco circunstancial de su despedida testamentaria, una redondilla que esconde tras su aparente inocencia, un tesoro del trasunto irónico y ligeramente feminista que llevaba dentro.

Ya se acabó la jarana,
Ya no cometo más yerros;
Tranquilita, como un perro
de la Plaza de Santa Ana.

El segundo apunte que anunciábamos, el musical, se lo debemos a nuestro gran Néstor Álamo: pues él fue el responsable de que hasta los perros de la Plaza de Santa Ana atacaran a la pobre Mariquilla "la perrera", la protagonista de la conocida canción folklórica, a quien perseguían tantos mordedores por los distintos pueblos de la isla. (Canta Mary Sánchez)

Me ha de perdonar don Néstor Álamo, el honorable gran canario de Guía, correspondiente de la Academia de la Historia y cronista oficial fallecido en 1994, que, después de haber dedicado él tantas páginas importantes a nuestra ciudad y a nuestra tierra, esta pregonera lo traiga a esta Plaza de Santa Ana en día solemne, con el pretexto de este divertimento popular. Espero que nos disculpe y hasta nos sonría, aunque esconda su complacencia tras aquel rictus entre malévolo e irónico que lo caracterizó: un gesto muy peculiar de aquel humor ácido con el que siempre lo recordamos.

Pasemos ahora de la Plaza de Santa Ana a la Catedral para considerarla como objeto de atención artística: la sonoridad armoniosa de sus seis campanas, por ejemplo, voces casi divinas que han unido en una misma armonía de cadencias a tantas generaciones de canarios, desde aquel 1601 en que fueron colocadas: la primera la de Santa María, en la torre norte. Y luego las demás: la de San Pedro apostol, la de Santa Ana, la de San José, la de San Juan Bautista y, el Esquilón o Cimbalico.

La belleza musical de las campanas de la Catedral tenía que mover la sensibilidad de distintos compositores; y así ha sido: Camilo Saint-Saëns, Manuel Peñate Álvarez o José Hernández Sánchez, entre otros. Hernández Sánchez, vivió entre 1879 y 1855, fue alumno destacado del maestro Bernardino Valle, y destacó como compositor, pianista y diplomático. Entre otras muchas piezas, compuso un "Capricho de Concierto" para piano en forma de vals sobre motivos de las "campanas de Las Palmas": el piano de Hernández recrea artísticamente los sonos de las campanas con modulaciones flexibles y cambiantes.

Seguimos con la Catedral y sus campañas.

Don Domingo Doreste Rodríguez, el gran Fray Lesco, escritor, periodista, ideólogo y fundador de la Escuela Luján Pérez, desaparecido en 1940 después de una vida plena de proyectos y de propuestas, se ocupó en más de una ocasión de nuestra Catedral y de sus campanas. A los valores esenciales de la Catedral dedicó en 1930 una memorable conferencia; y a sus campañas una de sus más bellas impresiones literarias, describiendo, con palabras llenas de música, la belleza diferenciada de sus sonos.

"(...) Antes de aprender a hablar, ya me hablaban ellas y yo las escuchaba. Y las entendía. Me despertaba cada una un sentimiento distinto, individual. Ahora, ya viejo, me hieren el corazón (...) La del Poniente es la señora Mayor, la grave, el bordón de la torre. Le place hablar sola, con lentitud. Ella es la que modula el salmo del Alba. (...) La campana que mejor simpatiza con la mayor es la más pequeña, la del Naciente, lengua melancólica, suplicante. Era la campana que anunciaba los incendios al vecindario. La primera providencia, cuando ardía una casa, era avisar al campanero de la Catedral. El campanero atalayaba desde la torre las vicisitudes del incendio, y pulsaba la campana melancólica más o menos frenéticamente, según el fuego aumentaba o disminuía.(...) La campana sur es voz de juventud, de sano y atropellado timbre. No es cantante, como las otras dos, y su oficio parece ser el de alternar con ellas, como intermediaria entre la gravedad de la una y la languidez de la otra. Queda la del Norte, ligera como las brisas, que corta el aire como un cristal. (...) Se me olvidaba el argentino esquilón, señero de la bóveda de la cúpula, el parlanchín del campanario, el que deletrea los toques del Coro. (...) En el prelude del repique, su vocecilla es como

una invitación a las campanas mayores para que se apresten. Las campanas contestan una a una, pausadamente. Su misión ha terminado. Empieza el repique, pianísimo (...) El repique es un periodo musical completo, de sobria elegancia.

Y por fin, un nuevo homenaje a las campanas de la Catedral. Esta vez escrito con la ayuda del papel pautado, con bella música y mejor letra de José María Millares y su esposa Pino Betancor, ambos excelentes poetas: él perfectamente lúcido a sus espléndidos ochenta años cumplidos y ella fallecida hace poco, en 2003. Escuchemos a Los Gofiones en una de las estrofas de tan bella composición.

Por los alrededores de la Catedral y de su Plaza, del Puente a San José y de San Cristóbal y Vegueta al Camino Nuevo, hizo pasear más de una vez Pancho Guerra a su personaje favorito: Pepe Monagas, aquel retrato-caricatura dibujado con color de cumbre y salitre de mar. En sus peroratas literarias, Pepito Monagas ponderaba cada vez que venía a cuento la magnitud de las fiestas de la ciudad "desde el Corpus a San Pedro Mártir".

Precisamente en una de esas fiestas, Pepito se propuso asistir al sermón de la Catedral que iba a estar a cargo de "el señor deán don José López Martín, un pico de oro, un verdadero "capirote de la catredan", nos dice. Pero "el diablo la hizo"; y, como la víspera Pepito había ido a darle un vistazo al rebumbio de la plaza, a oír un par de piezas de la tocata y ver los fuegos, acabó enredándose con unos macanazos de ron y recibiendo a la madrugada con una rueda de churros en un cafetín de la plaza. Así las cosas, Pepito recaló en la catedral a eso de las once más bien enzurrionado; en verdad, "más pacá, que pallá" -dice, y se arrepollinó bien arrepollinado en un banco de los de atrás, y se fue quedando bobito, bobito, bobito; de modo que cuando el rebumbio de sillas rodadas le hizo abrir un ojo y luego el otro, sólo acertó a ver bajar del púlpito a don José, el predicador, concluido su sermón. En consecuencia, apenas pudo mascullar, socarronamente, que "don José había hablado sobre el púlpito" cuando le preguntó el novelero de Dominguito el de la Audiencia sobre qué había hablado el gran sacerdote.

Un último toque sobre la presencia de la Catedral en la literatura. Se debe a la agudeza y al arte de Alonso Quesada, Rafael Romero, el escritor espléndido que con tanta intensidad vivió los entresijos urbanos y espirituales de nuestra ciudad en el primer cuarto del siglo XX. Nadie ha dedicado más páginas que Alonso, en sus espléndidas *Crónicas* periodísticas, al centro espiritual de la ciudad en el que hoy nos encontramos: a la Plaza, a la Catedral por dentro y por fuera, a la significación espiritual de sus bóvedas, a los sonos de sus campanas y a los avisos de su reloj... En todas ellas dejó constancia de su personalidad de insular sensible y sabio, desasosegado e inquieto, eternamente disconforme, siempre irónico y a veces ácido. Profundamente tierno también.

Dos párrafos de una de esas Crónicas, escrita en 1920 y titulada "La hojas de rosa" cerrará mi evocación literaria esta tarde.

"Después de diez años hemos vuelto a la Catedral. Era día de la Ascensión. Nos habíamos levantado temprano, vacíos de recuerdos. Ni el recuerdo de la noche anterior. Todo el espíritu solo. Caminábamos en silencio, en medio de los hombres mañaneros, cuando llegamos a la Catedral. Y de pronto, la imaginación fatigada del ocio da un salto de veinte años. Un salto a la niñez.

¿No era aquí, en la Catedral, donde caían por unos agujeros de la bóveda las hojas de las rosas? ¿De dónde venían esas hojas queridas? ¿Había un ángel escondido que sembraba hojas de rosas sobre los canónigos y sobre los beneficiados?

Y llegó el día del colegio y el día del traje nuevo estrenado en Semana Santa, resucitado hoy, día de la Ascensión. Y un olor de rosas frescas en el alma —olor de niñez y de alegría—; y los ojos se iluminaron y volvieron a ver las rosas deshojadas descender al altar. Y el Obispo Cueto, tan pequeño y tan dulce y tan limpio, pisando los montones de rosas. Y luego, las campanas, que tenían el sonido y el aroma de las hojas que caían, en una lluvia constante, infantil. Las capas pluviales eran luminosas, el órgano sonaba más claro. Toda la iglesia era Mayo, un Mayo único, que se agolpaba todo en este día tan bueno.

* * *

1478- 1928- 2005. Algunos nombres importantes hemos podido recordar esta noche. Todos ellos pilares, sedimentos, sustancia.

Transcurre la historia. Estamos hoy en la historia. Somos protagonistas. Mañana hablarán de nosotros; aunque no nos citen.

Tenemos una gran responsabilidad: la de no olvidar nuestro pasado y la de contribuir a sedimentar nuestro futuro. Estamos de paso. Todo es nuestro y nada es nuestro. Hemos de demostrar nuestro amor a la tierra y nuestro espíritu ciudadano ayudando a construir; colaborando con generosidad y con desinterés en el cuidado y en la mejora de esta gran ciudad que es la nuestra. Serenamente. Desechemos los gritos y evitemos las ofuscaciones. Cada uno de nosotros es la ciudad y cada uno de nosotros es la isla. Cada uno de nosotros; en los que no tenemos responsabilidades políticas pienso ahora, principalmente. Benito Pérez Galdós, en un discurso célebre, y en contexto muy distinto al nuestro, dirigió a los canarios de su tiempo una frase que ahora quiero recordar: "Nosotros los más chicos seamos los más grandes en la firmeza y el valor de las resoluciones...."

Y cierro mi pregón. Y me revisto ahora con los ropajes de aquellos pregoneros populares que recorrían los pueblos de nuestra isla anunciando las fiestas con la ayuda de una bocina destartalada, y seguidos de chiquillos gesticulantes y gritones.

Yo, pregonera accidental, vecina de Triana -ahí al lado- y sintiéndome hoy

ciudadana de todos los barrios, me sumo de todo corazón a estas fiestas para pregonar algo que me gustaría llegara hasta cada uno de los rincones de nuestra ciudad: Se celebran las Fiestas Fundacionales; las fiestas grandes de esta ciudad grande de Las Palmas de Gran Canaria. Las nuestras. ¡Que nadie se las pierda! ¡Todos a respirar tradición y cultura! ¡Todos a gozar de las fiestas, con alegría y con respeto! ¡Viva San Juan 2005!